

TIEMPO ORDINARIO

La Iglesia, por tradición apostólica, celebra el misterio pascual en el día llamado domingo o "día del Señor". El domingo es el fundamento de todo el año litúrgico. Es la fiesta primordial, que debe inculcarse a la piedad de los fieles¹.

La Iglesia celebra el misterio de Cristo también en los domingos del año, que no pertenecen a los "tiempos fuertes" del año litúrgico. Estos domingos forman una serie de treinta y cuatro bajo la denominación de "domingos durante el año". Son los domingos que van de Epifanía a Cuaresma y de Pentecostés al final del año litúrgico.

Cada domingo es el "día del Señor", la Pascua semanal. El domingo nos introduce en el misterio de la Pascua como un pasado ya realizado y siempre actual, y un futuro que se hace presente por la celebración y cuya culminación esperamos.

En el peregrinar hacia Cristo, necesitamos hacer presente con frecuencia el misterio pascual como fuente de vida y apoyo de nuestra esperanza.

Todos estos domingos nos invitan a reflexionar sobre los distintos aspectos de la nueva vida nacida del misterio pascual. Los últimos tienen un colorido marcadamente escatológico.

Las primeras lecturas están todas tomadas de los libros del AT. En los domingos del tiempo pascual la lectura se toma, en los tres ciclos del libro de los Hechos de los Apóstoles. En la selección de estas "primeras" lecturas del AT se ha tenido en cuenta que concuerde con el tema del Evangelio. Los acontecimientos del AT y sus temas mayores son una magnífica iniciación para ahondar y comprender mejor el Evangelio.

Las "segundas" lecturas proponen temas de vida cristiana tomados de los Hechos y Cartas del N T. En el Ciclo "C" se lee el final de 1Cor y Gálatas, en las que aborda los grandes temas: los carismas, la caridad, la resurrección, el Evangelio de la salvación por la fe, relación entre las dos alianzas y función de la ley (Gál). Se leen también las cartas a Timoteo, la de Filemón. La supremacía de Cristo se lee en Col. Se cierra el Ciclo "C" con el tema de la Parusía (2 Tes). En los domingos de Pascua del Ciclo "C" la segunda lectura se toma del Apocalipsis.

Los Evangelios están tomados para el Ciclo "C" casi exclusivamente de San Lucas. San Juan aparece sólo en el domingo II. En la primera y tercera lectura (Evangelios), en mutua relación habitualmente, es donde hay que descubrir el tema propio de cada domingo.

¹ Cfr. SC, 106

La teología que caracteriza los Domingos durante el Ciclo "C" es la de San Lucas.

La tradición atribuye el tercer Evangelio a San Lucas, y lo pone en relación con la predicación de San Pablo. Lc se ha servido, para componer su Evangelio, de informaciones escritas y orales (Lc 1, 14). Lc se ha servido de Mc como fundamento de su Evangelio, y sigue el orden de Mc.

Grande es la importancia de Lc en la teología del NT, Lc es el teólogo de la Historia de la Salvación, pues ha dado gran valor al elemento histórico. Los títulos cristológicos que usa Lc (Christos, Kyrios) los ha tomado de la tradición y se sirve de ellos sin atribuirles un peso teológico decisivo. En Lc ningún título obtiene una preeminencia explícita.

Lc distingue el tiempo de Jesús del tiempo de la Iglesia. El tiempo de Jesús es un período histórico-salvífico en el que Cristo, gracias al Espíritu, anuncia el Reino, ofrece a los pecadores la misericordia de Dios (Cfr. Lc 15), cura las enfermedades, destruye el poder del demonio y prepara el tiempo de la Iglesia. Esto aparece como "el centro del tiempo".

El tiempo de la Iglesia comienza sólo con la venida del Espíritu Santo (Cfr. Act 2). Lo que se ha manifestado en la persona de Jesús, en su actividad, es lo que se cumple ahora, según el plano de Dios, en el tiempo de la Iglesia. La Iglesia es la legítima continuadora de Israel (Cfr. Lc 5, 37s). Lc demuestra la continuación entre la Iglesia e Israel, desarrollando su Evangelio en torno a Jerusalén y al Templo. Toda la vida de Jesús es un viaje hacia Jerusalén. De Jerusalén sale la salvación hacia todas las naciones.

En Lc la vida de Jesús comienza en el Templo (Cfr. Lc 1, 5) y termina en Jerusalén (Lc 24, 52s). La confrontación entre Galilea y Jerusalén, como lo vemos en Mc y Mt (la Galilea despreciada es el lugar en donde comienza la salvación; Jerusalén, la Ciudad santa, se convierte en centro de oposición a la salvación) es sustituida en Lc por la descripción de un viaje de Jesús en tres etapas, a las que corresponden tres grados de conciencia en Jesús: conciencia mesiánica, de la Pasión, regia.

La vida cristiana consiste en el vivir en el tiempo presente según *las normas* de Cristo, mirando al Jesús histórico, y esperando en el futuro su venida (Cfr. Act 3, 21). La salvación se actúa en el tiempo de la Iglesia, como se había actuado en Jesús terreno, guiada por el Espíritu Santo. Hay que tomar la cruz y seguir a Jesús.

El Reinado de Cristo comienza inmediatamente con su Resurrección, independientemente de la Parusía. La continuidad entre el tiempo de Jesús y el tiempo de la Iglesia está asegurada por el Espíritu Santo. Él está ya presente en

Jesús (Cfr. Lc 3, 21; 4, 1). El Espíritu Santo reside en Él para dirigirlo en su misión salvífica (Cfr. Lc 4, 18ss). El Espíritu Santo dirige a los Apóstoles, los cuales continúan de este modo la obra de Jesús (Cfr. Lc 8, 2ss; 13, 22ss).

Así el Espíritu Santo garantiza la continuidad entre la obra de Jesús y la de la Iglesia. La obra del Espíritu sobre la Iglesia está ligada a la glorificación de Cristo, el cual manda el Espíritu Santo el día de Pentecostés. Este espíritu obra ahora en la Iglesia por medio de los ministros de la Iglesia (Cfr. Act 9, 17; 19, 1ss). El Espíritu Santo tiene, pues, en Lc una grande importancia.

Lc presenta a Jesús como **el Redentor de los miserables**, de los despreciados, de los pobres, de los pecadores y de las mujeres. Jesús predica particularmente a los pobres y a los pecadores (Lc 1, 53; 4, 18; 6, 20). Como consecuencia por esta predilección por los pobres, Lc insiste mucho sobre el peligro de las riquezas (6, 24; 12, 13ss).

Jesús se manifiesta lleno de **bondad y de misericordia** hacia los pecadores. Es el médico bueno, el bienhechor divino que aproxima Dios a los hombres. Está lleno de misericordia con las miserias corporales y espirituales (Cfr. 10, 30ss; 15, 11-32; 16, 19ss). El capítulo 15 es el punto central del Evangelio de Lc. Incluso sobre la cruz Jesús muestra su bondad al ladrón (Cfr. 23, 43).

En el mundo antiguo, **las mujeres** pertenecían a la categoría de los despreciados. Jesús ha sido el primero que les ha dado la plena dignidad humana. En Lc las mujeres tienen más importancia que en los otros evangelistas. La viuda de Naím (Cfr. 7, 11ss), la pecadora arrepentida (Cfr. 7, 36ss) las mujeres de Galilea, que ofrecieron a Jesús sus bienes y su servicio (Cfr. 8, 1-3), la amistad de Jesús con las dos hermanas de Betania (Cfr. 10, 38ss), las mujeres de Jerusalén que lloran a Jesús (Cfr. 23, 27).

Con frecuencia se da importancia a **la oración de Jesús**, de modo particular en los momentos importantes: en el Bautismo (Cfr. 3, 21), antes de la confesión de Pedro (Cfr. 9, 18), antes de la Transfiguración (Cfr. 9, 28) y antes de enseñar a los discípulos el Padrenuestro (Cfr. 11, 1). Jesús ora por Pedro para que su fe no decaiga (Cfr. 22, 31s), ora sobre la cruz por sus enemigos (Cfr. 23, 34). La exhortación a orar es reforzada por Jesús (Cfr. 22, 40. 46).

La alegría, el júbilo, la alabanza, la acción de gracias, la glorificación de Dios son frecuentes en Lc: María (Cfr. 1, 46ss), Zacarías (Cfr. 1, 64. 68ss) los ángeles de Belén (Cfr. 2, 13. 20), Simeón (Cfr. 2, 28), Ana (Cfr. 2, 38), las bienaventuranzas (Cfr. 6, 23), con motivo de la resurrección del joven de Naím (Cfr. 5, 25s; 7, 16), la exclamación de júbilo a la vuelta de los discípulos (Cfr. 10, 17. 21), alegría por la conversión de los pecadores (Cfr. 15, 5ss), el centurión en el momento de la muerte de Jesús (Cfr. 23, 47). También en la vida de la Iglesia

dominan el júbilo escatológico (Cfr. Act 2, 46) y una gran alegría misionera (Cfr. 15, 3). De lo dicho se ve que la alegría mesiánica invade todo el Evangelio de Lc.

La paz también es acentuada en Lc (Cfr. 12, 51): es la que Jesús da (Cfr. 7, 50; 8, 48) desde el momento de su nacimiento (Cfr. 1, 79; 2, 14. 29), la que Jerusalén no ha querido acoger (Cfr. 19, 42). Paz dada por el Resucitado (Cfr. 24, 36), porque Jesús ha venido a predicar la paz (Cfr. Act 10, 36), y lo mismo han de hacer los discípulos (Cfr. 10, 5s; Mt 10, 13).

Por lo que se refiere a la **Cristología**, Lc ve en Jesús una doble realidad: humana y celestial. Esta aparece en el Bautismo, y en el concepto de Kyrios: Cristo es el Señor que vence a la muerte y a Satanás (Cfr. Lc 7, 13; 13, 15ss). Se nos indica el origen celestial de Cristo, cuando se nos habla de la concepción de Jesús por obra del Espíritu Santo. También la realidad humana de Jesús es afirmada claramente por Lc: la genealogía (Cfr. Lc 3, 23-28); ora como hombre (Cfr. Lc 3, 21; 9, 28). Jesús sufre como hombre, es el Hijo del hombre paciente. Participa en los banquetes. Jesús es el Cristo de Dios en un hombre (Cfr. Lc 9, 20).

Lc reconoce, sin embargo, que Jesús terreno puede ser entendido a la luz del Señor **resucitado y exaltado**. Y sabe perfectamente que Cristo que mora junto a Dios, no puede ser jamás separado de Jesús que vive sobre la tierra. Lc pone de relieve el carácter "soberano" de la persona de Jesús, pero también da realce a la vía de la humillación seguida por Jesús. Lc usa también la idea de la realeza davídico-mesiánica, como Mt (Cfr. Lc 1, 26-38). La profecía de 2 Sam 7, 12-16 es relacionada con la del Emmanuel de Is 7, 14. El hijo de María es llamado "Hijo del Altísimo" (Cfr. Lc 1, 32). La realeza de Jesús es entendida por Lc como cumplimiento de la espera mesiánica (Cfr. Lc 19, 38; 23, 2. 37). La auténtica realeza de Cristo se actualizará después de la exaltación del Señor a la diestra de Dios (Cfr. Lc 20, 42ss; 22, 69; Act 2, 34ss) y de modo especial se manifestará en la Parusía.

En el **Evangelio de la Infancia**, la figura de María es presentada por Lc con su extraordinaria grandeza y humildad. María es la llena de gracia (Cfr. 1, 28), es virgen (Cfr. 1, 27), es Madre del Mesías davídico (Cfr. 1, 30ss), del Hijo de Dios (Cfr. 1, 35), esposa del Espíritu Santo (Cfr. 1, 35). Al mismo tiempo, es la humilde esclava del Señor (Cfr. 1, 38), sin glorias terrenas, sin riquezas, rica sólo de fe. La fe es la virtud de María que el evangelista pone más de relieve. No nos la presenta como omnisciente desde el uso de razón, sino que va conociendo su destino lentamente, poco a poco: por el ángel, por los pastores, por Simeón, por el hijo de doce años. En cada nueva revelación, su mente se siente "turbada" (Cfr. 1, 29), confusa (Cfr. 2, 18. 33. 50) meditabunda (Cfr. 8, 19. 51). Si Ella piensa, medita sobre todo lo que ha oído (Cfr. 2, 51) es señal de que también para María son cosas misteriosas lo que ha oído. Su camino es, pues, un camino de fe. La profecía de

Simeón (Cfr. 2, 34s) y Jesús de doce años le hacen entrever su futura misión de humildad y de sufrimiento. María es presentada también por Lc como la "Hija de Sión", destinada a acoger a Dios en su seno. Es el Arca de la Nueva Alianza, que lleva dentro de sí al Señor.

Padre Félix Castro Morales

Fuente: <http://parroquiadelasoledad.org/> (Con permiso a homiletica.org)